

BIBLIOTECA NACIONAL DE PERÚ

GLADYS PADRÓ MONTEZUMA
JOSÉ TAMAYO HERRERA

I. LA PRIMERA BIBLIOTECA

La fundación de la Biblioteca Pública fue una necesidad desde el siglo XVIII, cuando el limeño José Eusebio del Llano y Zapata, estando en Cádiz, escribe simultáneas cartas al Deán de Lima, J. M. de Poveda, que era Vicerrector de San Marcos, y al Arzobispo de Charcas, don Cayetano Marcellano de Agremont, expresando la necesidad de la Biblioteca con estas palabras: «Será el mayor bien que se pueda hacer a los que por falta de medios para comprar libros lloran en nuestros países un atraso involuntario».

La Universidad de San Marcos hizo lo propio en enero de 1768 cuando, dirigiéndose a Carlos III, solicitaba que se le cediese la biblioteca de los jesuitas: «Desde que las naciones comienzan a salir de la barbaridad y el mundo entró en cultura con las Artes y las Ciencias, ha sido el primer cuidado de los monarcas facilitar los modos de saber proveyendo los instrumentos necesarios para conseguirlos. Tales son las bibliotecas públicas, porque ningún particular puede proveerse de todos los libros que necesite aunque le acompañe la riqueza».

La misma preocupación tuvo Rossi y Rubí, cuando en 1793 escribía: «Un literato en Europa tiene muchos recursos y acá empezamos por carecer del principal que es una Biblioteca Pública».

El 28 de agosto de 1821, el general José de San Martín funda la Biblioteca Nacional del Perú y ésta es saludada como: «Uno de los medios más eficaces para poner en circulación los valores intelectuales y hacer que los hombres de todas las edades se comuniquen recíprocamente los secretos que han escudriñado otros en el fondo de la naturaleza».

La inauguración de la Biblioteca Nacional fue fijada para el 17 de septiembre de 1822. Veamos lo que afirma Francisco Valdivieso, el Ministro

que aprueba posteriormente el primer Reglamento, al organizar el acto inaugural:

«Los días de estreno de establecimientos de ilustración son tan lucuosos para los tiranos como plausibles a los amantes de la libertad. Ellos establecieron en el mundo literario las épocas de los progresos del espíritu, a los que se debe en mayor parte la conservación de los derechos de los pueblos.

La Biblioteca Nacional es una de las obras emprendidas que prometen más ventajas a la causa americana. Todo el que desea saber puede instruirse en cuanto ramo y materia le convenga, con la mayor comodidad y decoro. Debe celebrarse la apertura de la Biblioteca Nacional como el anuncio del progreso de las ciencias y las artes del Perú.»

Y en las consideraciones preliminares del acta fundacional de la Biblioteca Nacional, San Martín suscribe estos pensamientos:

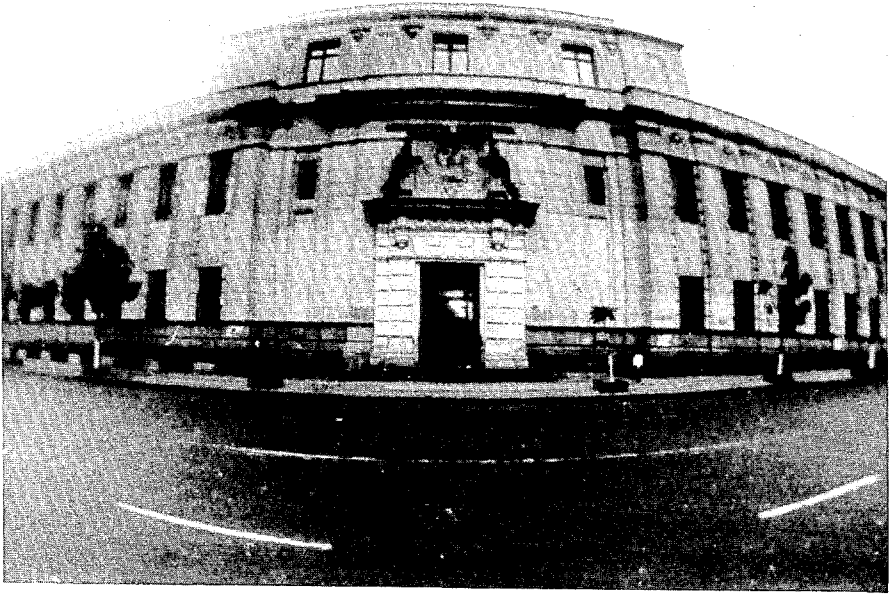
«Convencido sin duda el gobierno español de que la ignorancia es la columna más firme del despotismo, puso las más fuertes trabas a la ilustración del americano, manteniendo su pensamiento encadenado para impedir que adquiriese el conocimiento de su dignidad; penetrada del influjo que las letras y las ciencias ejercen en la prosperidad del Estado. Por tanto declaro: Se establecerá una Biblioteca Nacional en esta capital para uso de todas las personas que gusten concurrir a ella».

Después de ser expulsados los jesuitas, se modifica en 1768 el nombre del Colegio Máximo de San Pablo por el del Colegio del Príncipe. Establecida por el Virrey Esquilache, había empezado a funcionar entonces una sección destinada a los hijos de kuracas indígenas, conocida como Colegio de Caciques. Al ser proclamada la Independencia del Perú, este Colegio asume un nombre más acorde con los sucesos: Colegio de la Libertad. Fue en esa antigua casona de los jesuitas donde entró en funciones la Biblioteca Nacional en 1821.

Al ingresar el visitante encontraba un hermoso patio colonial rodeado de altos portales. En 1565, en un rincón del jardín se había construido una pequeña habitación para la biblioteca, que con el tiempo llegaría a ser «la mejor del continente».

Según el padre Bernabé Cobo en su *Fundación de Lima*, la biblioteca de San Pablo era «amplia y bien amueblada». En el siglo XVII ya poseía once ventanales que le proporcionaban luz y estaba dotada de pesada esterantería del suelo al techo.

Dando muestras de desprendimiento San Martín entrega diez mil pesos que le donara el Cabildo de Santiago de Chile para contribuir en los gastos necesarios en remozar la Biblioteca. Se hicieron las refacciones convenientes, fueron pintadas las paredes y se adquirieron «muebles, cristales y demás artículos necesarios para su estreno».



Biblioteca Nacional de Perú.

Formación del fondo bibliográfico

La primera colección de la Biblioteca estuvo constituida por importantes donaciones de próceres e intelectuales de la época: Bernardo Monteagudo, Hipólito Unanue, Pérez de Tudela, Martín de Osambela, José Olmedo colaboraron con sus mejores libros. A éstos se agregaron los de José Cavero y Salazar, los de la familia Vergara y de Joaquín Bonet y aquellos donados por el Cabildo y por los conventos. En opinión de algunos autores, el fondo inicial de la Biblioteca Nacional tuvo como base la colección que donara San Martín, otros afirman que fue la biblioteca privada del padre Fray Diego Cisneros la que constituyó el más importante contingente de libros con el que se contó en la naciente biblioteca.

Al crearse la Biblioteca Nacional, el fondo ascendió a 11.256 volúmenes, pero en los dos primeros años ya había llegado, al decir de algunos historiadores, a cien mil volúmenes.

Posteriormente al nombramiento del primer director, San Martín envía a Europa a dos plenipotenciarios, Diego Paroissien y Juan García del Río para que trajesen nuevas y valiosas adquisiciones.

Se agregaron también los fondos de la Biblioteca de los jesuitas, que había sido transferida a la Universidad de San Marcos, aunque permaneció en su propio local, el cual también fue heredado por la Biblioteca Nacional. En todo caso, fue importante la cooperación de San Martín mediante su donativo de libros, mapas, documentos, cartas, etc. que ascendía a cerca de 800 volúmenes.

Personal de la primera biblioteca

Al estructurarse la biblioteca queda estipulado que el director nato sería el ministro del ramo correspondiente, siendo seguido en rango por los jefes, dos bibliotecarios, «para que no falte uno en la casa».

Entre sus obligaciones estaba formar el inventario de su colección, absolver las consultas de los lectores, es decir, proporcionarles la referencia adecuada y aprobar o no el ingreso de los usuarios a los propios depósitos en caso de que éstos ya conocieran los libros que iban a consultar.

San Martín, al salir de Lima al encuentro con Bolívar, tuvo la precaución de dejar dispuesto el nombramiento del primer bibliotecario en la persona del P. Mariano José de Arce, presbítero y gran orador.

Los oficiales seguían a los bibliotecarios en categoría y sus deberes eran atender asuntos administrativos y los procesos técnicos. El ingreso de los libros y la elaboración de los respectivos índices servían para encontrar fácilmente las obras solicitadas. Se nombró a Manuel Esteban y

Pellegrín y a Tomás Ortiz de Zevallos como oficiales y, en calidad de conservadores, a José Valerio Gazols, Miguel Matute y José Dávila Condemarán, los cuales se ocuparon de conservar los libros y supervisar el buen manejo del mobiliario, entre otras funciones.

Política bibliotecaria de los primeros días

Quienes tuvieron la responsabilidad de la Biblioteca en sus inicios consideraron centralizar en ella los libros existentes en las entidades estatales; asimismo se preocuparon de estimular en los ciudadanos el sentido de cooperación con la primera institución cultural del Perú con el propósito de conseguir donativos. Se crearon también los tributos necesarios para gravar los libros que llegaron al país procedentes del exterior, así como los que se imprimieron en cualquier lugar del Perú.

En el decreto del 8 de febrero de 1822, suscrito por el Marqués de Torre Tagle, quedó nombrado: «Los impresores de esta capital pasarán dos colecciones de todos los papeles públicos y demás impresos que hayan dado a luz desde el día en que se promulgó la independenciam». Otro decreto del 31 de agosto del mismo año, estableció que la Aduana Nacional se comunicase con las autoridades de la Biblioteca enviándole «copias de todas las facturas de libros que vengan para venderse en el Estado». El propósito era tener el control debido e impedir que no se cumplieran las obligaciones.

Desde un principio, como se ha podido ver, existía expectativa de que la Biblioteca fuese repositorio de toda la bibliografía nacional, con libros tanto peruanos como peruanistas, política que permanece.

Mariano José de Arce: el primer bibliotecario

Es destacable la trayectoria del P. Mariano José de Arce como peruano y como bibliotecario, cargo que desempeñó corto tiempo pero de manera intachable. Nacido en Arequipa en 1781, demostró desde muy niño poseer una inteligencia poco común, cualidades extraordinarias para la oratoria y gran interés para el estudio. A su generación pertenecieron el poeta Mariano Melgar, el pintor Benito Laso, políticos como Javier de Luna Pizarro, primer presidente del Congreso Constituyente. Gran lector fue Mariano José de Arce, tenía profundos conocimientos de filosofía, mística y derecho. En 1822, se crea el periódico *El Sol del Perú* y Bernardo Monteagudo decide nombrar a Arce como redactor. Por sus virtudes es elegido por San Martín para ejercer el cargo de Primer Bibliotecario.

en la Biblioteca Nacional. En ella realiza cuidadosa labor poniéndola en funciones y estructurándola con habilidad y buen discernimiento, a pesar del corto tiempo que dispuso.

Ejerciendo el cargo tuvo lugar la ocupación de los realistas a la Biblioteca Nacional en 1823 y posteriormente en 1824. Durante el triste suceso, Arce estaba en Trujillo, luego en Chile, lo que lamentó. Se propuso, en esas circunstancias, recuperar los libros perdidos, para lo cual utilizó avisos en la *Gaceta del Gobierno de Lima* en términos como los que siguen: «Faltan muchas y preciosas obras de la Biblioteca Nacional y siendo preciso tomar las medidas necesarias para que se restituyan, todos los individuos que tengan libros pertenecientes a este establecimiento, vendidos por los españoles o adquiridos de cualquier modo que no sea por enajenación del gobierno, los entregarán al Ministro de Gobierno sin excusa alguna...»

En aquellos días se había hecho cargo de la ciudad, como gobernador interino, el general Tomás Guido, quien dio a conocer un bando en el que ordenaba: «Todo el que sepa de los libros extraídos de la Biblioteca Nacional o de los intereses que de ella faltan, los denunciará inmediatamente».

Arce se incorporó luego al Congreso Constituyente y a su retiro lo reemplazó Joaquín Paredes, que era el Segundo Bibliotecario.

Francisco de Paula González Vigil

Uno de los directores que más tiempo permaneció en el cargo fue el sacerdote González Vigil, nacido en Tacna en 1792. Sus estudios los hizo en el Seminario de Arequipa, donde quedó como profesor. Posteriormente lo nombraron Vicerrector del Colegio Independencia.

Regentó la cátedra de gramática en 1812, se doctoró en teología el mismo año en la Universidad de San Antonio Abad, del Cuzco, donde dictó la cátedra de filosofía y matemáticas. En 1826, fue elegido parlamentario. En 1832 se hizo famoso por su discurso en que atacó directamente al entonces presidente Agustín Gamarra, haciendo una crítica certera de su gobierno. Sobre su alocución el historiador Jorge Basadre dice: «Fue modelo de nobleza e independencia de levación, seguridad, de precisión y sobriedad, un verdadero sermón cívico».

Cuando en 1836 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional duró poco tiempo, pues renunció antes de cumplir tres años en el cargo. En 1839, Bartolomé Herrera lo reemplazó pero el mismo año fue nombrado Director del Real Convictorio de San Carlos y se retiró. Juan Coello sería nombrado Primer Bibliotecario.

En 1841 aparece en el diario *El Comercio de Lima* una nota en la que se invita a los interesados a adquirir los duplicados existentes en la Biblioteca Nacional. Se compraron 7.792 libros y, según el historiador José Antonio de Lavalle, trescientos volúmenes fueron adquiridos con sus economías. En la testamentaria del otrora Primer Bibliotecario, Joaquín Paredes, y a los herederos de Pérez de Tudela se les compraron copias de las Relaciones de los Virreyes Montesclaros, Esquilache, Chinchón, Amat y Junient, una «Historia de Chile» de Pedro Figueroa y otras obras de particular importancia.

En 1847 quedó ratificada la disposición del 7 de febrero de 1822 acerca de la obligación de hacer entrega a la Biblioteca de dos ejemplares de todo libro impreso en el Perú. En la *Guía de Forasteros* de 1848, se dio a conocer que la Biblioteca estaba al lado del Convento de San Pedro y poseía 25.523 volúmenes. Pero en 1871, el total ascendía a 35.000 volúmenes.

González Vigil amplió el local, incrementó el material bibliográfico, construyó estantes y buscó la manera de que hubiera «un salón cómodo para los estudiosos». También se le puede considerar como autor. Él mismo decía que en sus libros buscaba «La paz perpetua de América o Federación Americana».

González Vigil estuvo al frente de la Biblioteca Nacional tres décadas, hasta el fin de sus días. En 1875 lo reemplazó el Coronel Manuel de Odriozola.

Odriozola: documentalista

Manuel de Odriozola había nacido en Lima en 1804. A los catorce años empezó a trabajar debido a la pérdida de su padre.

Siendo un adolescente viajó desde Lima hasta Chíncha —que entonces era un tramo largo— para esperar a San Martín, que en 1820 desembarcó en las playas de Pisco. Es el primer peruano adscrito a las filas del Ejército Libertador enviado por Chile.

Como director de la Biblioteca le interesó el ordenamiento metódico de los documentos y de las fuentes históricas. Empezó una conveniente distribución de la colección, preocupándose del depósito legal de impresos, del canje de libros con el exterior y de las adquisiciones. Logró una Resolución Suprema que declaró vigentes las resoluciones del 08.11.1821 y del 31.08.1822, sobre la entrega de dos ejemplares a la Biblioteca Nacional. Hizo que todas las dependencias del Estado enviaran veinticinco ejemplares de las publicaciones oficiales, estimulando también las adquisiciones, para lo que utilizó las multas que se hacían a los trabajadores por concepto de faltas.

Con el propósito de perfeccionar y corregir el reglamento aprobado en los inicios de la Biblioteca, Odrizola elaboró otro, más amplio y democrático, pues hizo desaparecer la norma sobre el «director nato», creando la Junta de Vigilancia integrada por los decanos de letras, jurisprudencia y medicina para que ejercieran control de la Biblioteca Nacional.

El tradicionalista Ricardo Palma

Limeño, nacido en 1833, Palma hizo estudios en el Convictorio de San Carlos. Se vio implicado en una conspiración contra el presidente Ramón Castilla y fue deportado a Chile, donde residió tres años. Posteriormente, lo nombraron cónsul del Perú en Pará. Participó en el Combate del Dos de Mayo que tuvo lugar en el Puerto del Callao en 1866. Editó en el año 1867 el periódico satírico *La Campana*. Militó en la Revolución que iniciara José Balta en Chiclayo y fue su secretario durante la campaña, permaneciendo a su servicio mientras estuvo en el gobierno. Fue también elegido senador por Loreto pero dejó cargos públicos y política cuando fue asesinado el presidente Balta. Durante la Guerra con Chile participó en la Batalla de Miraflores en 1881. Creador de un género nuevo, la «tradición», ésta fue aceptada con simpatía y entusiasmo por una legión de lectores, no sólo en el Perú sino también en el extranjero.

II. LA SEGUNDA BIBLIOTECA

Al proponérsele a Ricardo Palma la dirección de la Biblioteca y con ello la responsabilidad de reconstruirla, el tradicionalista no se encontraba en el mejor de los momentos, y esto no sólo por razones de índole nacional sino por desgracias propias. Por ello estaba en buena disposición de emigrar a Buenos Aires, donde con frecuencia colaboraba en la prensa de esa ciudad. Se le ofrecían grandes posibilidades de trabajo, pero fue el ministro José Antonio de Lavalle quien lo disuadió de viajar, es más, lo instó a permanecer en el país para asumir la tarea de levantar la Biblioteca ya que él, como pocos en aquellas circunstancias, era el más adecuado para hacerlo. Contaba con muchos amigos, lectores, admiradores, no sólo en el país sino en América y Europa, a quienes recurrir para que enviasen los libros que reemplazarían a aquellos que nuestra Biblioteca había perdido. El presidente Iglesias participa con Lavalle en la tarea de convencer a Palma y éste aceptó el reto, pero antes verificó los daños y emitió el informe correspondiente.

Comprueba Palma que de 56.000 volúmenes apenas existían 738. Que

no había manuscrito alguno, que la estantería de cedro había sido destruida completamente y que sillas, escritorios, objetos de arte, ya no estaban en los ambientes de la Biblioteca. Lo mismo respecto a los andamios, óleos de personajes famosos y los cristales de los faroles. Algunos de sus depósitos en vez de libros albergaban caballos, y las obras que no fueron enviadas a Chile se habían estado utilizando como papel moneda en las encomenderías, donde, a su vez, quienes despachaban hombres sin cultura, usaban las hojas para envolver los productos sin ningún escrúpulo.

Palma informó de esto al Supremo Gobierno y solicitó estantes para llenarlos «sin gravamen para el Tesoro Público». Inicia sin fatiga la tarea de tomar contacto con escritores, amigos e instituciones del exterior como un «mendigo». Sus peticiones son ampliamente aceptadas. El 16 de noviembre de 1883 se promulga un decreto en el que se ordena que: «las personas que posean libros, manuscritos, planos, cuadros expedientes, instrumentos científicos, objetos de arte y muebles pertenecientes a la Biblioteca Nacional... los devolverán en el perentorio término de quince días». Este decreto lo firma el Prefecto de Lima, Ignacio de Osma, tal como Tomás Guido lo hiciera en 1823.

Ricardo Palma recuperó veinte mil volúmenes y la «Segunda Biblioteca» se inauguró el 28 de julio de 1884 con asistencia del Presidente.

Permaneció en el cargo hasta 1912 y durante los treinta años de trabajo sólo se alejó de la Biblioteca Nacional cuando asistió en España al IV Centenario del Descubrimiento de América de 1892. Durante casi todo el tiempo de su larga gestión, Palma hizo esfuerzos por conseguir un presupuesto que le permitiera un nivel de adquisiciones de buena calidad, aunque sin éxito. En 1895, el presidente Piérola visitó la Biblioteca y le autorizó a hacer gastos para adquisiciones bibliográficas.

Palma reunió todas las ediciones de *Evangelio en triunfo* de Olavide, *Cervantofilia*, conjunto de las ediciones más notables de El Quijote, obra de la cual sólo había un ejemplar en Lima, editado en La Habana. Adquirió en 1898 la colección de libros pertenecientes a Félix Coronel Zegarra, que constaba de 1.644 volúmenes. Formaban parte de la colección los manuscritos originales para la obra *Diente del Parnaso* de Juan del Valle y Caviedes que Palma editó en 1899. No sólo ésta sino otras obras fueron editadas por el tradicionalista, entre ellas *Anales de la Catedral de Lima 1534-1824*, Lima 1903.

En 1893 adquirió el manuscrito del erudito José Eusebio de Llano y Zapata, «Memorias histórico-físicas-crítico-apologéticas de la América Meridional», que fueron editadas en 1904. Fue también durante su época cuando los padres redentoristas donaron a la Biblioteca Nacional el primer libro impreso en Lima, salido de el taller del italiano Antonio Ricardó, la *Doctrina Cristiana*, en 1584.

El iconoclasta González Prada

Manuel González Prada, había nacido en Lima en 1848, iniciando sus estudios en el Colegio Inglés de Valparaíso, donde vivió cuando su padre fue desterrado a Chile. En Lima es matriculado en el Seminario de Santo Toribio, de donde se retira por propia voluntad, trasladándose al Colegio de San Carlos. Estudia derecho, pero también se interesa por la agricultura y por la ciencia.

Sus biógrafos aseguran que si bien no fue un excelente estudiante, era un estupendo lector, traductor de poetas alemanes y él mismo fue un poeta innovador.

Se incorpora a la Reserva durante la Guerra con Chile y participa en 1881 en la Batalla de Miraflores. Se empieza a dar a conocer en 1885 con discursos y artículos políticos que critican severamente la corrupción de la sociedad. Viaja a Europa y de regreso funda las universidades populares que llevaron su nombre, así como el Círculo Literario.

González Prada fustigó a los políticos de la vieja guardia, atacó el personalismo político y todo aquello que provocara un retroceso en términos sociales de arte o de literatura.

En 1912, fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional, cargo al que renuncia tras el golpe militar contra el presidente Billinghurst. Al retorno del gobierno constitucional nuevamente ejerce la dirección de la Biblioteca, lo que realiza con eficiencia, aunque tenía una opinión muy *sui generis* sobre aspectos técnicos, por ejemplo de catalogación y ordenamiento de la colección. Sin embargo, se preocupa de adquirir libros modernos. Entre 1916 y 1917 compra 4.002 libros y folletos extranjeros y 850 peruanos, así como diarios nacionales. En 1915 logró una Resolución Suprema sobre la obligación de remitir a la Biblioteca Nacional dos ejemplares de cuanto se imprimiera en el país. Trabajó mucho para que se cumpliera con el depósito legal, multando a los infractores de tales obligaciones.

Sus artículos fueron reunidos en tres volúmenes: *Páginas libres*, 1894, *Horas de lucha*, 1908 y *Bajo el oprobio*, 1933. Su poesía fue totalmente innovadora: *Minúsculas*, 1901; *Exóticas*, 1911; *Presbiterianas*, 1909; *Trozos de vida*, 1933 y *Baladas peruanas*, 1935.

El poeta Luis Ulloa y el filósofo Alejandro Deustua

Luis Ulloa, descrito por Basadre como un hombre generoso y muy culto, había nacido en 1868, iniciándose como poeta neo romántico con su obra *Tres cantos de la Juventud (1889-1891)* publicada en 1912. Muy afi-

cionado a la investigación histórica, en lo cual era un autodidacta, edita la *Relación de la Jornada y Descubrimiento del Río Manú por Juan Álvarez de Maldonado en 1567*. Reunió un conjunto de titulaciones sobre la conquista y el virreinato.

Fue nombrado director de la Biblioteca Nacional en 1912, pero ocupa corto tiempo el cargo ya que dimite por no estar de acuerdo con el gobierno.

Alejandro Deustua, maestro y filósofo, dirige la Biblioteca Nacional entre 1918 y 1925. Nacido en 1849 en Huancayo, sus primeros estudios los realizó en su ciudad natal, luego en Lima en el Colegio Guadalupe. Ingresó a San Marcos, donde estudió derecho, letras y jurisprudencia. Dicitó cátedra en San Marcos entre 1882 y 1902.

Obtuvo su título de doctor en filosofía en 1872. En 1898 es comisionado por el gobierno para realizar estudios sobre enseñanza primaria y secundaria en Europa. Puso especial dedicación en la Ley de la Reforma de la Educación de 1901. Fue ministro de gobierno en 1902. Colabora como periodista en *La Opinión Nacional* y dirige en el Callao *El Constitucional* y *La Época*. Contribuyó fundamentalmente al estudio de la filosofía en el Perú.

Cuando ejerció la dirección de la Biblioteca Nacional, Deustua mostró preferencia por adquirir obras sobre el pensamiento contemporáneo de entonces. Basadre, que trabajó en la Biblioteca cuando Deustua era director, cuenta que le sugirió se ocupara de hacer fichas de ediciones del siglo XX, lo que Basadre realizó a mano, porque entonces no había suficientes máquinas de escribir.

En su época, se permite la entrada a los investigadores, a los que se les concedió mucha importancia. Asimismo se ocupó con particular interés por la sección moderna de la Sala «Europa».

Romero, historiador autodidacta

Investigador y hombre que permaneció cerca de sesenta años en la Biblioteca Nacional, Carlos A. Romero nace en Lima en 1863. Estudió en el Colegio La Rosa Toro y en Guadalupe. En 1879, al ser declarada la Guerra del Pacífico, se incorpora al ejército y asiste como soldado a la batalla de Miraflores el 15 de enero de 1881. Toma parte en la lucha de Avelino Cáceres contra el general Miguel Iglesias y asiste a los combates de agosto de 1884 y de diciembre de 1885 cuando Lima fue tomada por las fuerzas de Cáceres. Después de este suceso ingresó como auxiliar a la Biblioteca Nacional. Más tarde sería ascendido a subdirector, luego a director.

Romero era un erudito autodidacta. Fue traductor para el diario *El Comercio*. Escribió numerosas introducciones a importantes obras de carácter histórico sobre el siglo XVI y XVII. Escribió, también, artículos históricos. Publicó artículos en las principales revistas, una de ellas *Archivos y Bibliotecas* que él fundó. Dejó la Biblioteca el año del incendio que la destruyó.

Antes del incendio

La Biblioteca continuaba siendo un antiguo convento. Funcionaba en los altos la Sociedad Geográfica; allí también estaba ubicado el Archivo Nacional y Palma había vivido en una parte del segundo piso cuando fue director.

No se habían hecho grandes reformas; las ampliaciones de González Vigil y de Odriozola no habían sido superadas. Los estantes «de un impresionante color oscuro», según Basadre, se extendían desde el piso hasta el techo, por lo que se tenía que utilizar una escalerita de caracol para llegar a la parte alta. Algunas joyas bibliográficas se encontraban en las salas América y Europa.

1943: año trágico para la cultura peruana

La mañana del 10 de mayo de 1943 fue recibida con estupor y dolor por la ciudadanía: se había producido un incendio de grandes proporciones en la Biblioteca Nacional, castigándola nuevamente, de otro modo y con mayor fuerza.

Las salas de América y Europa y la de Periódicos Peruanos fueron consumidas por el fuego, así como la bella estantería de cedro y los retratos de escritores peruanos que colgaban de las paredes de los salones de lectura.

Lo que no destruyó el fuego fue arrasado por efectos del agua. La situación obligó al gobierno a crear la Comisión Pro-Restauración de la Biblioteca Nacional que presidió el ministro de Educación Lino Cornejo. Subdividida en diversas comisiones, una para ocuparse del edificio, otra para analizar en qué medida se había depredado la Institución, no faltó la que se ocuparía de desentrañar el misterio sobre la causa del incendio, tejiéndose al respecto cantidad de conjeturas.

Tiempo después de este trágico suceso, en el año 1957, el escritor Guillermo Rouillón escribe un artículo en *El Comercio* del Cusco en el cual defiende a Romero (que acababa de fallecer) comentando con acritud la indiferencia del Estado frente a la cultura con estas palabras:

«¿Qué ocurre con los museos? ¿Dónde están los más valiosos documentos y libros raros? ¿Cómo se preservan las obras de arte? ¿A cuánto asciende el Presupuesto para las manifestaciones del espíritu...?»

Basadre y la Biblioteca Moderna

Uno de los más grandes investigadores del pasado histórico peruano, nació en Tacna en 1903. Los primeros estudios los realizó en una escuela primaria tacneña que funcionaba clandestinamente durante la ocupación chilena. Posteriormente estudió en el Colegio Alemán y en el Guadalupe de Lima. Ingresó a la Universidad de San Marcos en 1919, graduándose de doctor en letras en 1928 y en jurisprudencia en 1935. Basadre estuvo vinculado a la Biblioteca Nacional desde niño. Recuerda en sus memorias el impacto sufrido cuando se le impide el acceso a ella porque sólo se prestaba atención a los adultos. Por ello se interesó en crear la Sala de Lectura para Niños, cuando fue nombrado director. Basadre había trabajado en la Biblioteca cuando era estudiante y practicó también la docencia en colegios limeños. Desempeñó cátedras de derecho, historia del derecho peruano y letras. También enseñó en universidades, tanto en el Perú como en el exterior. Por sus innovaciones y su metodología, la obra histórica de Basadre fue modelo de acuciosidad; en ella son registrados los hechos y comentados con un tratamiento ágil y original. De su obra, considerada como la más importante de la historiografía peruana, mencionaremos la *Historia de la República del Perú*, que ha merecido numerosas ediciones corregidas y aumentadas por el propio autor.

III. LA TERCERA BIBLIOTECA

Las circunstancias en la vida de Basadre, al ser propuesto para ejercer la dirección de la Biblioteca Nacional, curiosamente fueron similares a las del otro reconstructor, don Ricardo Palma.

El historiador, como el tradicionalista, estaban prácticamente con el pasaporte en la mano para viajar el exterior. Había recibido una invitación para dirigir un seminario de Historia Latinoamericana en la Universidad de Columbia. Pero siente una profunda conmoción ante el trágico suceso ocurrido a la Biblioteca, ya que le tenía un acendrado amor, debido —como ya se dijo— a que estuvo vinculado a ella desde muy joven. Pensando que no podía alejarse en las circunstancias tan tristes, Basadre decide aceptar la responsabilidad de reconstruir aquella institución. Cuando Basadre asume la dirección de la Biblioteca Nacional se traza un plan

muy concreto: lograr una biblioteca tecnificada que ofreciera servicios eficientes, una entidad que fuera al mismo tiempo la Biblioteca Pública necesaria para atender a las mayorías y al Centro de Investigación que serviría a los investigadores y que desde entonces era un punto neurálgico.

«Libros, servicios, organización, personal, espíritu» eran palabras claves que Basadre imprimió a su gestión frente a la Biblioteca Nacional. Tuvo la inspiración de auspiciar la creación de la Escuela de Bibliotecarios, donde se concentró un extraordinario conjunto humano, muy bien dotado para la profesión. Los primeros bibliotecarios contribuyeron en gran medida a que el sucesor de Basadre, Cristóbal de Losada y Puga, dijera: «Me encontré con una institución perfectamente organizada y en un magnífico pie de funcionamiento, servida por un excelente personal de funcionarios. Debo rendir homenaje a la labor realizada por mi eminente antecesor, doctor Jorge Basadre».

Le tocó a Basadre una etapa muy difícil. Prácticamente levantaría de los escombros la Biblioteca Nacional; debía reconstruirla y modernizarla. Él y sus colaboradores debieron empezar desde el principio: extraer, todavía húmedos o chamuscados, papeles, folletería, libros, los que eran enviados a Estados Unidos para que recibieran el tratamiento especial correspondiente; otros fueron secados en una máquina especial y, en algunos casos, las publicaciones eran llevadas a secar al sol en las alturas de Chosica.

El sistema de clasificación usado fue el de Dewey, en su decimocuarta edición, con las modificaciones que convenían a nuestra realidad. Se elaboró el Catálogo peruano y peruanista «tal como en aquellos días era usual en los catálogos de grandes bibliotecas contemporáneas», según afirmó el propio Basadre.

Él introdujo la estantería de acero que encargó a Francia. En cuanto a la ubicación del edificio, en aquel entonces opta por dejarlo en la misma zona. Más bien, consideró pertinente sugerir que la Biblioteca se descentralizara posteriormente con sucursales en diferentes puntos de la ciudad.

Con Basadre se inicia la época de las publicaciones bibliográficas, que fundara en su época y que todavía perviven: el *Anuario bibliográfico peruano*, el *Boletín bibliográfico de la Biblioteca Nacional* y la revista *Fénix*. Por otra parte, se preocupó de lograr una autonomía que le permitiera desarrollar óptimamente su trabajo, lo que logró, aunque por poco tiempo.

Basadre mejoró la estructura de la Biblioteca. Los departamentos que creó fueron: Ingresos, Clasificación y Catalogación, Consulta y Lectura, Investigaciones Bibliográficas y Niños.

En cuanto al personal, éste estuvo dividido en tres grupos: los profesores y especialistas, formados por regresados de la Escuela de Bibliote-

carios o de otras escuelas del exterior, y las personas que hubieran publicado obras «de reconocido valor bibliográfico». Siguen en orden de prioridad los subprofesionales, es decir, aquellos funcionarios que habían recibido entrenamiento especial, proporcionado por la Escuela Nacional de Bibliotecarios. Finalmente, existía el grupo constituido por el personal de oficina, auxiliares, mecanógrafos y otro de apoyo. La administración, tesorería y secretaría, eran departamentos que no se encontraban incluidos en los llamados técnicos. Un Museo Bibliográfico aparece en el Art. 12 del Plan para la Reconstrucción de la Biblioteca. Este Museo estaba incluido en el Departamento de Investigaciones y debía reunir en vitrinas especiales los incunables, códices, los primeros impresos peruanos y americanistas, libros raros y copias facsimilares de manuscritos de autógrafos célebres; en general, las obras consideradas de alto valor bibliográfico. Basadre pensó también en una Mapoteca y en una sección destinada a Estampas.

El 11 de junio de 1943 se prohíbe la exportación de documentos inéditos, libros, folletos, periódicos, sin autorización del Ministerio de Educación, norma reforzada posteriormente. Se concede franquicia postal para remisión por correo de libros, revistas e impresos en general. Manuscritos nacionales o extranjeros del siglo XVI al XVIII no podían ser exportados, mucho menos los libros editados entre 1584 y 1630. Otro decreto, de 24 de abril de 1947, creó una comisión para restituir al país obras y documentos que tuviesen que ver con la Historia del Perú. Y en 1945 se modifica el Art. 5.º de la R. S. de 5 de febrero de 1815 en la que se obliga al impresor —y no al autor— a remitir dos ejemplares que corresponderían a la Biblioteca Nacional.

Incremento de la colección

Basadre consiguió importantes libros y colecciones. A su personalidad voluntariosa se debe que haya podido adquirir la colección del presidente argentino Agustín P. Justo. También obtuvo la primera y segunda parte de la *Historia del Perú* de Diego Fernández; la edición *Príncipe*, de la Primera parte de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega (Lisboa, 1609); la *Historia Natural* del Padre José de Acosta, editada en Barcelona en 1591, así como la *Historia del Perú*, de Cortegana, y valiosas joyas que aún existen.

Se obtuvo también una colección de *El Tribuno de la República Peruana* de José Faustino Sánchez Carrión, y la colección de periódicos de Evaristo San Cristóbal, folletos de Hermilio Valdizán y las bibliotecas de Horacio Ortega y de Miguel Urquieta.

En cuanto a grabados originales, Basadre consiguió cincuenta y nueve acuarelas de tipos populares limeños de comienzos del siglo XIX firmadas por E. Vidal. Igualmente, se compró la colección Courret de fotografías de aspectos y personas de Lima antigua.

La Escuela Nacional de Bibliotecarios

La Escuela empieza su vida académica en 1944, asilada en la Escuela Nacional de Bellas Artes, lugar de serena belleza, que aún conserva, donde fue escogida después del incendio de la Biblioteca Nacional. Cuatro profesores norteamericanos, entre ellos Raymond Kilgour, regresado de la Universidad de Harvard; un cubano, Jorge Aguayo; posteriormente Alberto Pincherle, Luis Fabio Xemmar, Alberto Tauro del Pino y el propio Basadre, formaron a los primeros bibliotecarios. Se presentaron cerca de 300 postulantes, de los cuales se admitió a 25.

Los primeros estudios tenían una orientación teórica y práctica. Según su fundador, la escuela era un «Seminario de Educación Superior».

Los primeros bibliotecarios ingresaron a trabajar a la Biblioteca Nacional y pronto se convirtieron en eficientes docentes. Ya se encontraba en su local habitual, que había sido refaccionado. Se formó un Patronato de la Escuela, se completó el *curriculum* y a partir de entonces el personal ya era totalmente peruano. Se contó con distinguidos intelectuales para dictar cursos especiales, entre ellos Ella Dumbbar Temple, Salazar Bondy y Luis Paredes Stagnaro, por citar algunos ejemplos.

La idea de Basadre acerca de la Escuela, antes de su retiro, fue que ésta influyera en la comunidad y en la vida peruana, desligada de la Biblioteca. Que se renovara convenientemente con personal traído del exterior, que se le diera carácter universitario y que sus objetivos fueran ampliados en un sentido social y documental.

El primer año lectivo sólo duró los doce meses correspondientes. Por D. S. del 03 de abril de 1948 se le agrega un año más. Más tarde se otorgó el título de Bibliotecario. Terminada esta etapa de gran despegue de la Biblioteca Nacional se iniciará otra, encabezada por el doctor Cristóbal de Losada y Puga.

Cristóbal de Losada y Puga

El 17 de julio de 1948 fue nombrado director de la Biblioteca el ingeniero y doctor en ciencias aludido. Nacido en Nueva York, vivió su pri-

mera infancia en Cajamarca, tierra de sus ancestros. Estudió ingeniería de minas y ciencias matemáticas.

Durante su dirección se consiguió la valiosa donación de la Biblioteca del doctor Raúl Porras Barrenechea, se adquirió la colección Paul Rivet que era un total de 2.000 libros, folletos, manuscritos, revistas, periódicos, que pusieron a la Biblioteca peruana en el nivel de ser «El primer centro del mundo para todo lo relativo a los estudios de quechua y aymara».

Recibió, Losada, el donativo del intelectual hondureño Rafael Heliodoro Valle y la Biblioteca y Archivo de Ricardo Palma. Adquirió el Códice de Toledo, magnífico manuscrito que contiene la colección completa de las provisiones y ordenanzas dictadas por dicho virrey.

Rubén Vargas Ugarte

Sacerdote jesuita, profesor, historiador e investigador. Estudió en el colegio de los jesuitas, viajó a Ecuador donde hizo el noviciado y luego pasó a España donde estudió humanidades y filosofía en el Colegio de Granada. Ejerció el magisterio en España y el Perú. Se incorpora a la Universidad Católica del Perú donde ejerce el rectorado, de 1945 a 1952. Fue nombrado director de la Biblioteca Nacional en 1961, cesando en el año 1962. Durante su mandato amplió los depósitos, instaló talleres de encuadernación y restauración. Creó el Registro Nacional de Derecho de Autor. Tuvo especial preocupación por la creación del Museo Bibliográfico e hizo numerosos trabajos bibliográficos que luego fueron publicados. Escribió numerosas obras históricas, especialmente sobre las fuentes, la época virreinal e historia de la Iglesia, además de biografías y estudios de santos españoles y peruanos.

Carlos Cueto Fernandini

Educador. Nació en Ica, estudió en el Colegio Alemán y en el de Guadalupe, luego ingresó a la Universidad de San Marcos donde se graduó en filosofía y obtuvo el título de abogado. Se incorpora a la docencia de la Facultad de Letras de San Marcos. En 1953 presta servicio en el departamento de Educación de la UNESCO, en París, donde fue jefe de los programas de educación para América Latina y también dirigió el departamento de educación de la OEA.

Fue nombrado director de la Biblioteca Nacional en 1962, permane-

ciendo hasta 1966. Puso en práctica un vasto programa de difusión cultural con énfasis en el desarrollo de las bibliotecas populares. Incorporó en la Biblioteca una oficina para el desarrollo de las Bibliotecas Públicas y creó la sección de Bibliografía Nacional y Ediciones. En su época se acentúa el rol de la Biblioteca como institución rectora de la política bibliotecaria del país. En 1963 se creó el Departamento de Fomento de Bibliotecas y se inició la publicación de la *Gaceta bibliotecaria del Perú*.

Guillermo Lohmann Villena

Nacido en Miraflores (Lima) en 1915, estudia en la Universidad Católica, graduándose de doctor en Historia en 1938 y de abogado en 1939. Ejerció la diplomacia con diversos cargos llegando a embajador. Realizó numerosas investigaciones históricas que se concretaron en valiosos libros. Fue nombrado director en 1966 y cesó el cargo en 1969. En su época, la Biblioteca recibió importantes donaciones; cabe mencionar la primera entrega del archivo Manuel González Prada y las publicaciones jurídicas del doctor Alberto Ulloa. Se adquirieron 150 documentos del sabio Hipólito Unanue y el valioso libro de Agustín de Zárate, *Historia de la conquista del Perú*. Numerosos actos culturales tuvieron lugar en la institución y se mejoraron ostensiblemente los servicios de Consulta y Lectura y de Investigaciones Bibliográficas.

Estuardo Núñez

Nacido en Lima en 1909, estudió en el Colegio Alemán y cursó estudios universitarios en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde obtuvo el grado de doctor en letras y bachiller en derecho.

Fue nombrado director de la Biblioteca en 1969 y permaneció hasta 1973. Durante la etapa dirigida por Núñez se termina la ampliación de un tercio del edificio principal.

Se interesó por retomar la política editorial iniciada por Palma y por ello durante su gestión se editaron importantes publicaciones, entre ellas *Obras dramáticas desconocidas*, de Pablo de Olavide; *Lima y la sociedad peruana*, del viajero francés Max Radiguet; *Memorias de un viajero peruano*, de Juan de Arona; *Un manuscrito desconocido*, de Mariano Melgar, las cuales fueron presentadas durante los actos conmemorativos al Sesquicentenario de la Independencia del Perú y de la fundación de la Biblioteca Nacional. Crea la Biblioteca Piloto «José de San Martín» y la equipa conve-

nientemente, con el fin de descongestionar a la Biblioteca del público usuario escolar.

María Bonilla de Gaviria

Fue nombrada directora de la Biblioteca Nacional en 1973. Es la única mujer y al mismo tiempo bibliotecóloga que ha ejercido tan alto cargo. Nació en Lima, estudió en el Colegio Belén de Lima y en España. Permaneció en el cargo siete años.

Significativos aportes brindó a la Biblioteca, por ejemplo, la publicación del *Catálogo de Autores de la Colección Peruana de la Biblioteca Nacional* en seis tomos, que cubre 424 años (1553-1977) de producción bibliográfica peruana y peruanista, con un contenido de 94.000 fichas catalográficas. Recobró el local para la hemeroteca, que detentaba la Universidad de San Marcos en el subsótano. Logró asistencia técnica en aspectos de planificación y automatización, provenientes de España y Colombia. Promovió cursos de capacitación a cargo de expertos norteamericanos y chilenos. Puso énfasis en la remodelación del auditorio.

En los tiempos de Bonilla tiene lugar la transferencia de la Escuela Nacional de Bibliotecarios a la Universidad de San Marcos y queda prohibido el ingreso de usuarios menores de dieciocho años, por existir ya la Biblioteca Escolar Piloto. Creó la Sociedad Amigos de la Biblioteca para lograr la colaboración nacional.

José Tamayo Herrera, primer período

Nombrado Director en 1981, permaneció en ella hasta diciembre del año siguiente. Nació en el Cusco, en 1936. Estudió Letras y derecho en la Universidad Nacional de San Antonio Abad, del Cusco. Se graduó de doctor en letras y ciencias humanas y de derecho el año 1964. Hizo estudios de postgrado en la Universidad Autónoma de México y en la Universidad de Indiana, Estados Unidos.

Creó el Patronato de la Biblioteca para obtener ayuda privada, también creó el Centro de Documentación de la música peruana. Adquiere 60.000 libros en Europa, a través del Convenio Español (FOCOEX); publicó una edición facsimilar del primer impreso hecho en Lima, en 1584: *Doctrina Cristiana*, en español, quechua y aymara, así como la *Oración fúnebre de Tupac Amaru*, primer escrito continental sobre el prócer peruano. Hizo los primeros estudios para el nuevo local y la automatización de la Biblioteca.

Héctor López Martínez

Nacido en Lima en 1935, fue nombrado director de la Biblioteca en 1983.

Periodista y doctor en historia, estudió letras y derecho en la Universidad Católica. Realizó investigaciones en el Archivo de Indias en Sevilla. En su breve período de seis meses, inició el proceso para obtener la autonomía de la Biblioteca Nacional, preparando los documentos pertinentes para su aprobación por el Poder Ejecutivo, en defensa de los fueros de la Biblioteca Nacional.

Franklin Pease García Yrigoyen

Nacido en Lima en 1939, egresó del Colegio Inmaculada en 1954 y los estudios universitarios en la Universidad Católica, graduándose de doctor en derecho y en historia. Luego ejerce la docencia en dicha universidad. Fue jefe de Investigaciones y Publicaciones en el Museo Nacional de Historia entre 1964 y 1969, habiendo sido director de las revistas *Historia y Cultura*, *Humanidades e Histórica*. Ha publicado importantes obras de carácter histórico.

Fue nombrado director de la Biblioteca en 1983, cesando en 1986. Durante su gestión se construyó el edificio anexo de cinco pisos, en el local de la avenida Abancey. Obtuvo la donación del moderno equipo de microfilmación y fotografía obsequiados por el gobierno del Japón. Fueron creados los centros bibliográficos departamentales. Se incrementó notablemente la colección de incunables y los libros raros; entre ellos se adquirió *Historia Naturalis* de Plinio, editado en Venecia en 1499.

Juan Mejía Baca

Destacado promotor cultural, iniciador de exposiciones de libros en el exterior, editor, librero. En su famosa librería se reunían célebres escritores peruanos y extranjeros.

Nació en Puerto Eten (Lambayeque) en 1912 y murió en 1991. Asumió la dirección de la Biblioteca Nacional el 18 de agosto de 1986, cesando, a su pedido, en 1990. Su gestión en ella destacó en lo referente a la consecución del terreno para el nuevo local, por lo que se preocupó hasta el último día de su mandato. Editó diversas publicaciones, entre ellas la colección *Perulibros*, en trece tomos, así como hizo los primeros

trabajos editoriales para la futura publicación de la *Biblioteca Básica Peruana*.

Firmó el Convenio con la IBM del Perú para la donación de un equipo de computación para lograr la automatización de la colección. Obtuvo un porcentaje del impuesto de los viajes al exterior en beneficio de la construcción del nuevo local de la Biblioteca. Logró la autonomía económica, administrativa y técnica de la Biblioteca. Hizo convenios para establecer Centros Bibliográficos Departamentales y se iniciaron las relaciones con la Asociación de Bibliotecas Iberoamericanas (ABINIA).

José Tamayo Herrera, segundo período

En su segunda época, solamente permaneció siete meses, habiendo sido nombrado el 26 de diciembre de 1990.

Tuvo preocupación especial por la elaboración del Plan Maestro para la Reorganización y Modernización Bibliotecológica y Administrativa de la Biblioteca Nacional para convertirla en un importante centro de información. Le tocó instalar e inaugurar los equipos de computación donados por la IBM del Perú. Nombró una Comisión Especial para el nuevo local e hizo las gestiones para la recuperación del terreno del cual fuera despojada la Biblioteca. Obtuvo un crédito suplementario para mejorar los servicios de seguridad, el incremento bibliográfico y la modernización de la institución. Firmó convenios con diversas entidades para preservar y salvaguardar archivos bibliográficos, cinematográficos, fotográficos y documentales. Se intensificaron las relaciones con ABINIA, firmando Convenios para la Catalogación de libros hispanoamericanos de los siglos XVI al XIX y para la Exposición de Tesoros Bibliográficos de Hispanoamérica con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América.

Los años recientes

A continuación se describen las principales secciones con que cuenta la Biblioteca Nacional.

La Dirección General de Procesos Técnicos tiene como principal objetivo captar toda la producción bibliográfica peruana y peruanista. La Biblioteca tiene compromiso con otras instituciones para proporcionarles el material que edita, así como ejemplares en duplicados llegados por canje, donativo o depósito legal. Por su parte, la Dirección General de Consulta y Lectura se encarga de la organización, dirección y gestión de los servicios de referencia, lectura e información; al mismo tiempo ase-

gura el control de las fuentes bibliográficas que están a su cargo. Creada en el año de 1943, sus funciones son brindar los servicios de referencia y lectura en la Sala Perú, cuya colección está conformada por autores peruanos y peruanistas, tanto en el campo de las ciencias como de las letras; en la Sala de Ciencias, donde están reunidas las obras de autores extranjeros de ciencias puras y aplicadas; en la de humanidades en la que se encuentran obras de autores extranjeros de letras y en la Sala de Referencia, lugar donde están enciclopedias, diccionarios, bibliografías, almanaques, guías y todo aquello que sirve para una consulta rápida. La Hemeroteca, sala de revistas y periódicos, existe con ese nombre desde 1973.

Desde 1986 se inicia la automatización de la bibliografía nacional, que desde 1947 se elaboraba manualmente. La Dirección General de Bibliografía Nacional y Ediciones edita el *Anuario bibliográfico Peruano*, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* y *Fénix*, revista de la Biblioteca Nacional.

La Biblioteca Nacional ejerce actividad cultural y labor de difusión bibliográfica orientada a afirmar la identidad nacional. Para ello realiza exposiciones bibliográficas sobre autores peruanos y peruanistas, organiza actos culturales, seminarios, conferencias, conversatorios, elabora catálogos, trifolios y otros folletos para apoyar sus actividades culturales. Esta labor la realiza a través de su Dirección General de Promoción Bibliotecaria, en donde se está editando recientemente la revista *Cultura y libros*. También se contribuye a lograr eficiencia mediante la capacitación del personal de la Biblioteca y se promueve la profesión bibliotecaria impartiendo cursos de especialización y perfeccionamiento.

La Dirección de Investigaciones y Fondos Especiales registra, custodia y preserva el patrimonio bibliográfico y documental de la nación y al mismo tiempo apoya la investigación. Sus fondos son de extraordinaria calidad histórica, artística, literaria, geográfica y bibliográfica: incunables valiosos, manuscritos, los primeros impresos en América del Sur, libros raros y curiosos, que ascienden a 45.000 unidades bibliográficas, forma parte de esta sección.

La Dirección de Conservación, Restauración y Reprografía realiza labores inherentes a ella. La preservación incluye las consideraciones gerenciales y financieras, así como pautas para almacenamiento y ubicación del material; aplica técnicas y métodos para preservar los materiales de archivo y de bibliotecas protegiéndolos del deterioro. En lo que respecta a restauración, renueva las unidades para ponerlas a disposición de los interesados. Esta Dirección presta servicio permanente de encuadernación y de reprografía, así como microfilmación.